

tra literatura, por haber sido el primer triunfo grande y glorioso, en la escena española, donde se representó el drama en 1834, del romanticismo, venido sin duda de fuera, pero que se ingertaba fácil y rápidamente en el árbol fecundísimo de nuestra antigua literatura nacional, épica y dramática; que se unía, cobrando vida castiza y vigor lozano, á nuestra poesía mas espontánea y popular; al teatro y al romancero.

Ya hemos dicho que las obras de Walter Scott, leídas con encanto, difundieron por toda Europa la afición á la novela histórica. Martínez de la Rosa se ensayó también en este género y compuso en *Doña Isabel de Solís* una obra estimable por el primor del estilo, aunque poco leída, por no elevarse en ella la fantasía del novelista á la altura á que se eleva el escritor por su lenguaje.

Por ser quizá Martínez de la Rosa natural de Granada, escribió asimismo una historia, que por lo novelesco y extraordinario de los lances que refiere, aunque todos son reales y perfectamente probados, tiene las apariencias y el atractivo de la novela. Ya se entiende que aludimos á su vida de Hernán Pérez del Pulgar el de las hazañas.

Otras obras, semi-históricas y semi-filosóficas ó políticas, se deben también á la fecunda pluma del autor de que vamos hablando. Todas concurren á darle valer y á acrecentar su fama; pero, fuerza es confesarlo, las pretensiones trascendentales de estas obras las desluce y perjudican, principalmente en la titulada *El espíritu del siglo*. Martínez de la Rosa, por natural repulsió, por la índole propia de su entendimiento, por su vida agitada y empleada en otros muy distintos quehaceres, y hasta por su modo de ser distraído y algo ligero, era lo menos á propósito que puede ser un hombre para dedicarse á filósofo, y ni siquiera debió tener la pretensión de llegar á ser lo que se llama en Francia un *pensador*, esto es, un filósofo á medias, un hombre que, sin inventar ni adoptar, después de bien meditado, un sistema para explicar las causas y razones de los fenómenos, discurre sobre ellas con agudeza y profundidad, y tiene como iluminaciones y atisbos. *El espíritu del siglo*, como el título mismo lo indica, pues si significa algo presume de mucho, tenía que haber sido una filosofía de la historia contemporánea, donde se expusieran las razones y las causas, no meramente externas y nacidas del encadenamiento de los sucesos, sino íntimas y fundadas en el desarrollo del pensamiento humano, y en la aparición y divulgación de nuevas ideas, en virtud de las cuales trasformándose en hechos, han sobrevenido las revoluciones, cambios y trastornos de la edad presente. Nada de esto, por mucha diligencia y buena voluntad que se empleen para buscarlo, se halla en *El espíritu del siglo*, sino reflexiones que, si atinadas y juiciosas á veces, jamás traspasan los límites del sentido comun mas casero.

Tenía Martínez de la Rosa gran confianza en su propio valer, lo cual no se pone aquí como censura, pues sin tal confianza rara vez hacen los hombres nada bueno, bello ó útil; tenía una vanidad dulce, y tanto por estar halagada como por ser dulce, era benigna y complaciente para las otras vanidades; disculpable flaqueza que otros varones ilustres tenían entonces y que aun hoy siguen teniendo, principalmente los grandes oradores, y Martínez de la Rosa podía pasar por tal. Carecía del don de generalizar, no remontaba su vuelo á especulaciones sublimes, no arrebatada tampoco los ánimos con el brio de la expresión y la vehemencia de los afectos y pasiones; pero, en cambio, ni divagaba, ni se extraviaba; era fácil y correcto, y sabía fijar la atención y ganar la voluntad de sus oyentes, cautivando á menudo, ya que no persuadiendo, con la suavidad de sus acentos, con el buen orden y método de sus raciocinios, y con la bondad de su carácter, que en sus palabras y modales se reflejaba.

Piensen muchos que el egoísmo es el móvil casi único de las acciones humanas; sentencia que, en fuerza de querer decir demasiado, nada dice, pues es evidente que, si por egoísmo se entiende el apetito del bien supremo ó del bien mayor posible, quien se resigna al martirio mas espantoso es un egoísta, porque lo hace para ponerse bien con Dios y ganar la gloria, y hasta el ateo, que nada espera ni teme de Dios, si hace por caridad un sacrificio, se puede decir que es

igualmente egoísta, pues le hace por el gran bien y soberano deleite que con hacerle recibe. Dejando, pues, á un lado estas sutilezas y entendiendo solo por egoísmo el que se cifra en adquirir bienes materiales aquí en la tierra, lícito es afirmar que era poco ó nada egoísta Martínez de la Rosa. Contento y pagado con la alta posición á que llegó á encumbrarse, solo deseaba ya la nombradía, y, libre de otros deseos, ponía su voluntad en hacer el bien de sus semejantes y en mejorarlos ó ilustrarlos. Esta voluntad, siendo el principal móvil de sus escritos y manifestándose en ellos, presta poderoso atractivo hasta á los mas endebles. De aquí que hasta *El libro de los niños*, obrita que escribió Martínez de la Rosa para las escuelas de primera enseñanza, deleite á cuantos le leen.

Otro personaje, mucho mas modesto, de menos notoriedad y fama, porque siempre ocurre así en España con el que solo es escritor y no orador ni hombre político, cooperó como el primero de todos á la nueva revolución literaria, y cooperó en el sentido mas sano y provechoso. Era también poeta, pues aquí, mas que en ningún otro país, todo hombre de cierta educación que piensa y escribe, es siempre poeta ó empieza por serlo. Este, á pesar de que lo fué toda su vida, y no por cierto de los menos merecedores de alabanza, conquistó su ilustre nombre é hizo sus mayores servicios á las letras patrias como erudito y como crítico. Como crítico debe contarse en España por el primero que hemos tenido en el siglo presente; y su nombre, mientras se hable la lengua castellana, y, aunque muriese, mientras se conserve escrita como lengua muerta y sabia, quedará grabado de un modo indeleble en el monumento mas propio quizá, mas característico y mas glorioso del ingenio español: en el *Romancero*. Ya se entiende que hablamos de don Agustín Durán, su comentar, colector y anotador mas diligente y entendido.

Empapado, además, Durán en la lectura de los romances y de toda nuestra poesía popular, ha compuesto dos leyendas en romances, que no parecen obras exclusivamente suyas, sino arrancadas de los propios labios de trovadores y juglares del siglo XV, y conservadas milagrosamente hasta ahora. Son estas leyendas la *Historia de la Infantina de Francia y del hijo del Rey de Hungría* y *Las tres Toronjas del verjel de Amor*.

Lástima es que por la poca afición que hay en España á la lectura ó por la corta ganancia que se hace en el comercio de libros, queden inéditas, ó mejor dicho no coleccionadas y perdidas en el inmenso farrago de periódicos y revistas, obras que darían honra al ingenio y saber de los españoles. Así las de don Agustín Durán, de quien solo hay reunido lo que acompaña é ilustra al *Romancero*, donde él mismo incluyó la *Historia de la Infantina*, y en tomo aparte *Las tres Toronjas* ya mencionadas.

Pero si el *Romancero* debe mucho á Durán, el teatro no le debe poco. Él hizo valer de nuevo, contra los clasicistas, todo el tesoro de alta inspiración, de inventiva y de gracia, que encierra nuestro teatro del siglo XVII, y apenas, sin embargo, se conocen ni se leen ya, salvo por algunos eruditos, sus trabajos sobre este punto. En cambio la docta Alemania, por la boca autorizada de Fernando Wolf, ha proclamado á Durán, rey de los críticos españoles.

Háblale ayudado, en el empeño de rehabilitar nuestra literatura, un alemán, residente por muchos años en Sevilla, donde se casó y llegó á ser padre de una mujer, que haciéndose española y adoptando nuestra lengua, vino mas tarde á dar mucha gloria á nuestra literatura bajo el pseudónimo de Fernán Caballero. Bohl de Faber, que así se llamaba el alemán, aplicando la crítica de su país al estudio de nuestro antiguo teatro, concurrió á vindicarlo de las injurias, desdenes y malos tratos que de la crítica galo-clásica había recibido. Aficionado además á nuestra antigua poesía, publicó é ilustró con notas muchas piezas del teatro anterior á Lope de Vega y una florista de rimas antiguas castellanas.

Siguiendo en la enumeración de los hombres ya conocidos y mas ó menos célebres que concurrieron al florecimiento literario que hubo en España durante la guerra civil y menor edad de Isabel II, dejando de hablar de los que están en segundo término y apuntando algo solamente de los que brillan en el primero, nos queda aun muy larga tarea; porque, mal-

tratado nuestro país por la fortuna, pobrísimo en el tesoro público y en la riqueza de los particulares, desolados sus campos, faltos sus habitantes de bienestar material y castigados por el azote de gobiernos inestables y poco hábiles y de una guerra civil larga y cruel, diríase que la Providencia quiso darle compensación y consuelo en medio de tantos horrores, derramando á manos llenas el ingenio y el don de la palabra sobre sus hijos. Quizá, y en el día en que los sucesos se precipitan y van de prisa, puede decirse que para ellos no es la voz de un contemporáneo sino la voz de la posteridad quien por nosotros habla; quizá, repetimos, no ha habido nunca en España período mas brillante ni mas fecundo para las letras patrias, para la poesía en su mas lato sentido, que el que, si no se encierra en los diez años de 1834 á 1844, los tiene como núcleo ó foco. Alguna justicia se nos va haciendo ya en esto fuera de España. No pocos extranjeros, que prestan atención á nuestras cosas, se van volviendo ya de nuestro parecer; y desde luego este parecer hubiera sido opinion general y hasta certeza, si el abatimiento y postración de las naciones no abatiere el vuelo de su buen crédito y fama y no amenguase su autoridad en todo y para todo.

Entre los emigrados liberales volvió á España el hermano segundo de un grande que había alcanzado ya muchos laureles y que los obtuvo mayores en lo sucesivo. Don Angel de Saavedra que, heredando después á su hermano muerto sin sucesión, llegó á titularse duque de Rivas, es una de las figuras mas elevadas de nuestro moderno Parnaso. Ya antes de emigrar era conocido y estimado por varias razones, todas lisonjeras para él. En la sociedad elegante, por su ameno trato, su discreta conversacion, su agudeza y sus chistes; entre los liberales y políticos, por el entusiasmo y fervor con que sostenía las ideas avanzadas; y entre los militares y patriotas, por su bizarra conducta como militar, y hasta por las heridas que recibió en la batalla de Ocaña, durante la guerra de la independencia. Como literato, aunque había estudiado poco y él se jactaba á menudo de haber estudiado menos de lo que había estudiado, tenía principios generales de todo; conocía los clásicos antiguos y un poco de los franceses é italianos; y, merced á su esmerada y aristocrática educación, á su natural despejo y á su excelente memoria, sabía algo de la historia de su pueblo, y conocía y encerraba en su mente, como en un archivo, lo mejor de nuestros poetas líricos, épicos y dramáticos. Falta, sin embargo, su imaginación de calor y estímulo y harto aprisionada por las tímidas reglas de la escuela, no llegó á desenvolverse y á tomar una dirección original allá en sus mocedades. En sus primeras poesías, publicadas en 1820, el antiguo gusto clásico prevalece aun; pero se nota la inclinación castiza y verdaderamente española que ha de hacer de él uno de nuestros mas populares poetas. Ya en dichas poesías abundan mas las composiciones de asunto caballeresco que las de asunto pastoril; casi tanto los romances, como otras composiciones mas artificiosas por el metro y la rima; y mas la galantería española, algo conceptuosa y alambicada, y otros sentimientos y modos de pensar y de expresar lo pensado propios de los tiempos de Góngora y de Lope, que la imitación fria de la sobria sencillez de los clásicos griegos y latinos. En estas poesías además se notan no pocas de las prendas que le dieron mas tarde tanta gloria: la espontaneidad y la gracia, el admirable talento para describir, y hasta aquella fácil abundancia que le ha perjudicado en ocasiones.

Como don Angel de Saavedra se había mezclado ardentemente en la política, en el período constitucional del año 20 al 23, había sido diputado y hasta secretario de las Cortes, y había militado en las filas del partido mas liberal, fué incluido en la lista de proscripción. Condenado á muerte y confiscación de bienes, tuvo que huir de España.

En la emigración y en la desgracia, adquirió su alma un temple mas varonil, se desenvolvió su inteligencia, y abarcó mas vastos horizontes su mirada.

Aunque su facilidad y fecundidad fueron siempre grandes y duraron casi hasta poco antes de su muerte, bien se puede decir que lo mejor de su obra, que todo aquello que le da mas títulos á la inmortalidad, brotó y se formó fuera de España, á donde, al volver de la emigración, lo trajo ya hecho. Su in-

flujo fué entonces decisivo, grande y benéfico en la revolución literaria, y sin duda, antes que nadie y con mas bríos que casi todos los que después vinieron, supo combinar el moderno romanticismo extranjero con el sér romántico por excelencia de nuestra antigua y propia literatura. Sirviéronle mucho para esto, además de su natural aptitud y castiza inspiración, los consejos del sabio inglés mister Frere, á quien conoció y trató en Malta, y mas tarde los de su ilustre amigo y compañero de emigración don Antonio Alcalá Galiano. Ambos le indujeron á renegar por completo de la manera pseudoclásica; á estudiar á Shakespeare, Byron y Walter Scott, y á reconciliarse con la antigua literatura nacional española, tan desdeñada por la crítica del siglo XVIII. Sus escritos fueron en todo conformes á estos nuevos preceptos, consejos y lecturas. Digna continuación del antiguo Romancero son sus lozanos romances históricos, entre los cuales los hay también de carácter legendario, como el *Cuento de un veterano*. Sus mismas poesías líricas de este período tienen también una originalidad y una concisión que no tenían las anteriores: eran estas artificiales, y las mas modernas fueron naturales y mucho mas sentidas. Tal vez descuella entre todas su composición *Al Faro de Malta*.

Ya en los postreros años de la emigración, don Angel de Saavedra dió la última mano á su obra capital, *El moro expósito ó Córdoba y Burgos en el siglo X*, que, á par de ser de lo mas castizo que en español se había escrito, era al mismo tiempo de lo mas nuevo. Por el asunto, está tomado de los romances y tradiciones sobre los *Siete infantes de Lara*; por la forma, es romance también, aunque endecasílabo; por el estilo y el lenguaje no puede ser mas nacional; pero al mismo tiempo es novísimo por el conjunto y carece de modelo en nuestra literatura. Enrique Gil y Pastor Díaz dicen al criticar esta obra: «Distra mucho de parecerse á las composiciones épicas de Valbuena, de Lope y de Ojeda, y no se puede decir tampoco que se parezca á los Romanceros, en que descosidamente y á la ventura aparecen tejidas en composiciones de autores y de épocas distintas la historia y las hazañas de nuestros personajes y de nuestras guerras. *El moro expósito* tiene un plan perfecto, forma un conjunto armónico, y es en suma una novela histórica en verso, solo comparable á otras que Walter Scott escribió en verso también. Las innumerables bellezas que este poema contiene no se pueden hacer notar aquí á no pecar de prolijos. Lo cómico y lo patético están en él admirablemente combinados, las descripciones son siempre galanas y animadas, ora pinten las fiestas de Almanzor, ora la cocina del Arcipreste de Salas, ora la disputa que se mueve en el banquete de los criados moros y cristianos.» Defectos hay, sin duda, en este poema. El estilo del autor decae á veces; sus versos, por lo comun sonoros, fáciles y robustos, suelen ser en ocasiones prosaicos y lánguidos; pero, á pesar de todos estos lunares, bien podemos decir con Pastor Díaz que *El moro expósito* es una de las joyas mas preciosas de nuestra literatura. También añadiríamos, con el mencionado crítico, que es el mas bello florón de la corona poética de don Angel de Saavedra, si este no hubiese escrito otra obra muy superior en nuestro sentir y de mas trascendencia y duradera popularidad que *El moro expósito* mismo.

Esta otra obra era dramática. Su autor la había escrito en París. Galiano la había traducido al francés, con el propósito de que se representase en un teatro de aquella capital, y, vertida luego al castellano y puesta en parte en hermosísimos versos, se representó en Madrid en 1835, cerca de un año después que *La conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa. Ya entonces don Angel de Saavedra, por muerte de su hermano mayor, era duque de Rivas.

El drama nuevo se titulaba *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, producción admirable y verdaderamente inspirada, donde se lleva al extremo el terror trágico del moderno romanticismo, sin que los personajes sean odiosos ni malvados, sino naciendo todo de afectos y de pasiones nobles y de un natural y verosímil encadenamiento de circunstancias fatales aunque en cierto modo nacidas de una culpa, y donde, si en el conjunto hay mucho de peregrino, como fundado en las nuevas doctrinas literarias, hay en los pormenores una pró-



diga difusión de riqueza propia española, en lenguaje y en estilo, en chistes y gracias, en cuadros de costumbres populares, y en creación de figuras verdaderamente humanas, ya trágicas, patéticas y nobles, como los Calatravas, doña Leonor y el protagonista, ya cómicas, como los estudiantes, el arriero y el lego, en el cual, así como en otras figuras y escenas, se advierten reminiscencias de nuestros pasados dramaturgos, pero superando y venciendo siempre la imitación al modelo.

A propósito de este drama, juzgamos conveniente hacer algunas observaciones que importan mucho á la historia crítica de nuestro teatro, en todas épocas floreciente; nunca decaído, ni aun en los momentos de mayor postración para España; y brillantísimo en el período que tratamos aquí de describir, esto es, de 1834 á 1844.

Los preceptistas pseudo-clásicos entendían que toda obra dramática había de encerrar una lección moral. Esto producía un mal efecto para el arte, aun cuando fuese un verdadero genio el autor de la obra dramática. La lección moral suponía una tesis demostrable. Y como para demostrar la tesis es menester elevarse á lo general y no partir de lo individual, resultaba que los dramas, tragedias ó comedias, no tenían personajes vivos y verdaderamente humanos, sino abstracciones personificadas. En el gran cómico francés Moliere, á pesar de su talento extraordinario, hay que lamentar este defecto. Sus personajes son símbolos, alegorías, pasiones, ridiculeces, flaquezas ó vicios personificados, llegando el autor, en los mismos títulos, á declararlo así, llamando á una comedia el *Misántropo*, á otra el *Avaro*, y á otra con nombre, que, si no lo era ya, ha venido á ser despues el vocablo mas apropiado para designar al hipócrita. Otros personajes de las comedias de Moliere, que llevan nombres propios, pierden, no bien se examinan, todo aquello que tienen de individuales y se convierten en abstracciones: Jorge Dandin es el marido sufrido, y M. Jourdain, el plebeyo enriquecido que presume de noble. En cambio los personajes de Shakespeare y los de Cervantes en el *Quijote*, no son la personificación de tal ó cual vicio ó virtud, sino individuos, tan vivos y tan consistentes, que se diría que tienen mas sér real que los históricos, y cuyo carácter es un conjunto de vicios y de virtudes.

La nueva escuela romántica tuvo la ambición de que la poesía fuese docente; pero la tuvo de manera tan vaga que, en lo práctico, se puede afirmar que seguía la regla del arte por el arte; mas conforme en esto con la poética de Aristóteles bien entendida, ya que, al hablar el Sabio de Estagira de la purificación de las pasiones como fin y objeto de la tragedia, está probado que no exigió que la tragedia diese lecciones de moral, sino que las dos pasiones que excitan en nosotros los sucesos trágicos, á saber, la compasión y el terror, y que en el mundo de la realidad nos producen un efecto doloroso, en la esfera serena, ideal y etérea de la poesía, nos causasen deleite. Esto es lo que el Sabio entendió por purificación de las pasiones, dejando en lo demás amplia libertad al poeta.

Con el andar del tiempo y la introducción en España de la afición á los estudios filosóficos ha venido de nuevo el gusto á la antigua lección moral; se ha buscado en la poesía un fin que está fuera de la poesía, y se ha llamado á este fin problema social y hasta problema religioso ó metafísico. Pero cuando no había esta vanidad, lo primero que hacía un autor era fingirse uno ó varios caracteres como el del protagonista y los de otros personajes del drama y una acción verosímil en que estos caracteres se desarrollaran. Si despues nacía de aquí un problema social ó muchos, ó un problema metafísico ó religioso, allá el público lo sentiría y el crítico lo escudriñaría, ya que el principal propósito del autor no debía ser ni plantearle ni resolverle, sino crear una obra de arte, bella ó sublime, que conmoviera, interesara ó divirtiera por lo menos.

En el día el prurito de los problemas marchita el ingenio de muchos autores. En aquella época, ó por reflexión ó por instinto, solo se aspiraba á crear la obra bella ó sublime, la cual surgía en el teatro con mas frecuencia que ahora.

Para nosotros es evidente que el duque de Rivas no pensó en ningún problema al escribir *La fuerza del sino*. Don Alva-

ro, con todo, es un magnífico drama. Y como de un magnífico drama, así como de los sucesos de la historia, no pueden menos de surgir los problemas, del *Don Alvaro* surgen tambien, y no ya sociales, sino mas altos; metafísicos y religiosos. *La fuerza del sino*, el influjo poderoso de la estrella bajo la cual un sér humano ha nacido, está en el poema para darle cierto tinte poético, pero no implica afirmación de que el crítico filósofo deba hacerse cargo. La afirmación es, y en esto convienen casi todos los hombres, la de que á veces por una pendiente fatal, por un conjunto de circunstancias nos vemos arrastrados á acciones de gran responsabilidad, de donde nace cierta contradicción entre un precepto divino de moral y la violencia que nos hacen los sucesos dispuestos por la Providencia misma á fin de que quebrantemos ese precepto. Aquí, sin duda, hay un problema que el poeta plantea, pero que no está obligado á resolver; tal vez, aunque sea mucho menos científico, es mucho mas poético que no le resuelva, y deje la resolución vaga y esfumada. Sin duda que Petrarca hubiera sido un sabio si hubiera afirmado categóricamente la existencia de los antípodas; pero ni con mucho hubiera sido tan poeta como cuando dice, hablando del sol, que se hunde en Occidente, que va á dar luz

*A gente che di là forse v'aspetta,*  
(A gente que le espera tal vez del lado de allá;)

donde toda la poesía está en lo vago é indeterminado del *forse* ó del *tal vez*; porque si él hubiera averiguado á ciencia cierta que había antípodas, hubiera sido un hombre muy sabio, pero no hubiera tenido poesía ninguna el verso en que hubiese hecho la afirmación.

Lo que se dice aquí de un descubrimiento de cosas del mundo visible, y de un solo verso, puede decirse con mas razón de un poema entero, épico ó dramático, y de las cosas metafísicas y religiosas; porque la poesía requiere misterio, y el día en que se acabe el misterio se acabará la poesía, y el día en que se explique racionalmente toda religión se acabará la religión. Y seremos muy sabios y no habrá cosa que se ignore ni problema que no esté resuelto, pero no seremos poetas y nos aburrirémos mucho.

Repetimos, pues, que esta preocupación constante y esta manía que tienen hoy los poetas de resolver problemas, es perjudicial y lastimosísima. El autor de *Don Alvaro* tuvo el buen gusto de no tenerla. Examínese serenamente su drama y se verá cómo no se propuso resolver problema alguno. Si le hay, es porque surge inevitablemente de toda grande acción, de todo caso importante de la vida; pero el poeta ha tenido reflexivamente cuidado, ó bien ha hecho por instinto que la resolución quede vaga y como entre nieblas, á fin de que el espectador ó el lector se la dé fácilmente segun su gusto ó creencias; con lo cual además el poeta se muestra mas alto, y como una especie de monarca, que reina por derecho divino en los espíritus y que es superior á los partidos. Por otra parte la mayor contradicción ó antinomia se resuelve fácilmente por el lector ó por el espectador cuando el partido está tomado; la contradicción entonces no es mas que aparente. Así, por ejemplo, don Alvaro que hace vida ascética y ejemplarísima, recibe tales afrentas del último Calatrava que no puede menos de salir con él al campo y de matarle en desafío. Despues de ese gravísimo pecado mortal y sacrilegio espantoso, puede hacer mayor penitencia, arrepentirse, y salvarse; pero ocurre, por un conjunto de circunstancias fatales, que su novia está allí oculta sin que él lo sepa; que acude al lugar donde su hermano está moribundo; que éste, exacerbado con las ansias de la muerte, la cree en complicidad con don Alvaro, haciendo vida hipócrita é infame, y le da de puñaladas. Don Alvaro entonces desesperado se arroja por un despeñadero y tambien perece. El problema es claro: la inteligencia suprema que gobierna y dirige los sucesos, ó que los prevé y consiente al menos, ha hecho ó ha dejado que se encadenen por tal arte que aquel hombre bueno y generoso en el fondo, ha sido el verdugo de toda una familia y ha tenido que suicidarse luego. Y lo del suicidio es tan forzoso que don Alvaro no tiene mas medio que suicidarse. Ya no valen penitencias por aspéras que sean. El público le silbaría si no se suicidara. Ahora

bien, ¿cómo conciliar con la bondad divina por un lado y con la soberana justicia, la moral cristiana y el dogma católico por otro, que este hombre, muerto con tantos pecados mortales encima, aunque en virtud de un sino ó de un determinismo que casi suprima en él la libertad, se vaya derecho al infierno y sea condenado sin redención para la eternidad entera? Pues es muy sencillo. Basta un momento, desde que don Alvaro se tira de la peña hasta que cae al suelo y muere, para hacer un acto perfectísimo de contrición y para salvarse. Dios, en sus inescrutables designios, que había medido y pesado la fuerza de ánimo de don Alvaro y que le había puesto en tan tremendas pruebas, sabía hasta qué tanto era voluntaria su culpa y hasta dónde posible el perdón ó justo el castigo.

En suma, por atrevida que sea y por violenta y extraordinaria que se nos presente una acción, jamás es tan difícil como se cree el problema que de ella nace, á no ser que el poeta la involucre con ergotismos y sofisterías; con lo cual conseguirá mas á menudo hacerse pesado y poco divertido que resolver problema alguno, especialmente en un drama, que no consiente digresiones y explicaciones del autor, como los poemas narrativos y mas aun las novelas, y donde nada hay que no digan los personajes, cada cual segun su carácter, situación en que se halla y pasión que le agita, sin sermones impertinentes y filosofías cansadas, cuando todo llama y solicita á la acción.

Nos hemos detenido tanto en el *Don Alvaro*, porque, como ya hemos dicho, fué y sigue siendo el mas acabado modelo de nuestro teatro romántico castizo.

De otras obras literarias del fecundo duque de Rivas, aunque casi todas dignas de aprecio y de las cuales ha de hablarse por fuerza en toda historia de la literatura de nuestro país, no debemos ocuparnos en esta historia general donde solo lo capital tiene cabida.

Al hablar del duque de Rivas acude naturalmente á la memoria el nombre de su insigne amigo don Antonio Alcalá Galiano, emigrado como él y gran orador, escritor y literato. Las obras que dejó escritas á su muerte son inferiores en número á lo que hubiera podido esperarse de su facilidad, disposición y saber; pero los efectos de su enseñanza y de su influjo han dejado rastros indelebles y tienen mas valer y duración que sus obras mismas, con ser estas muy buenas. Galiano, como personaje político, hace importantísimo papel en nuestra historia, desde 1820 hasta que murió, y en la parte política se le ha juzgado ya y se le juzgará en adelante. Ahora nos incumbe hablar de él aquí como hombre de letras y sobre todo como factor de los mas poderosos en la revolución y florecimiento literarios de que estamos dando cuenta.

Solo el prólogo de *El moro expósito*, escrito por él y publicado en París antes de venir de la emigración, es una proclama de los nuevos principios revolucionarios en literatura, atrevidamente innovadora; patriótica, porque ensalza la poesía nacional popular, fundiendo con ella los nuevos principios para que se presten mutuo apoyo; y llena de sentido comun, sin caer en ninguna de las exageraciones ó extravagancias á que se dejó arrastrar frecuentemente la nueva escuela. Mas aun que con este escrito y que con otros, cooperó Galiano con su fácil palabra, en la amena conversación, donde lucía siempre su recto criterio, y prodigaba el tesoro de erudición custodiado en su memoria. Aunque su primera educación y sus estudios habían sido los de un hombre culto del siglo XVIII y á la francesa, no era Galiano de aquellos que se fijan y plantan en un momento dado, sin seguir la corriente de las ideas y la marcha del siglo, antes bien, hasta los últimos momentos de su vida, siguió con curiosidad é interés el movimiento intelectual de Europa y los cambios y revoluciones que sobrevinían en el reino del pensamiento humano, modificando con esto sus opiniones ó fundándolas en mayor copia de saber y en argumentos nuevos. Volvió, pues, de la emigración, en política muchísimo menos revolucionario que se había ido, y en literatura, completamente revolucionario; pero con el lastre de sus estudios clásicos, sobre todo de autores latinos, proponiendo por modelos, no ya á los nuevos románticos franceses, sino á los españoles del siglo de oro, y á los autores ingleses que él estimaba en mucho y que conocía además

perfectamente; porque era muy versado en la literatura de aquella gran nación y hablaba y escribía su lengua casi tan bien como la propia. De esto último había dado muestras cuando estuvo emigrado y había merecido que le nombrasen catedrático de una Universidad que acababa de fundarse en Londres. Bien es verdad que no fué Galiano el único que allí se distinguió como literato durante la emigración. Otros hubo que se distinguieron tambien y alcanzaron notoriedad y gloria, como el ya citado Trueba y Cosío, el médico don Mateo Seoane, uno de los fundadores de la revista literaria y científica titulada *El Ateneo*, que dura aun con no pequeño crédito, y el célebre Blanco, White, que, á modo de Coriolano literario, trocó por odio á España apellido, religión y nacionalidad, y se hizo inglés. Mas tarde, siguiendo las huellas de los primeros, si bien conservándose tambien en todo españoles, algunos otros se han hecho escritores en lengua inglesa, señalándose como nadie el arabista, bibliógrafo y eruditísimo conecador de nuestras cosas don Pascual Gayangos.

Volviendo á Galiano, de cuyos méritos y faltas como hombre político se ha hablado ya y volverá á hablarse en el discurso de esta historia, nos toca completar aquí, aunque sea en ligerísimo bosquejo, su retrato literario.

No afirmaremos si sucede lo mismo ó algo parecido en los demás pueblos de Europa; pero entre nosotros ocurre que casi todos los que se distinguen en la política, en la administración ó en cualquiera otra ciencia ó disciplina, empiezan por poetas, ó escriben versos con mas ó menos acierto, inspiración y fortuna. Y decimos fortuna porque, en esto de la poesía, mas que en ninguna otra producción del ingenio humano, el público, á nuestro ver, y sin que nos toque aquí indagar y exponer la causa, sin tener razones muy claras y suficientes, suele desdeñar á unos poetas y prendarse de otros.

Galiano fué tambien poeta, pero mas bien de los desdeñados que de los favorecidos, á lo cual por cierto hubo de contribuir su propia celebridad como orador; porque los hombres suelen no dar alabanza por varios motivos; y, cuando la dan en abundancia por uno, la escatiman y hasta la niegan por otros. De aquí que nadie es peor rival de un hombre que él mismo, cuando está adornado de prendas distintas: el celebrado como poeta dramático es desdeñado como lírico, aunque como lírico no valga menos; al que escribe bien en prosa, rara vez se le concede que escriba bien en verso; y al que habla bien se le niega que escriba, y al que escribe, que hable. Para los hombres es muy difícil conceder á un semejante suyo general superioridad y distintas aptitudes. Algun fundamento puede haber en ello, pero á menudo se exagera.

En Galiano los méritos de orador eran tales, que á nuestro parecer nadie ha habido hasta ahora en España que compita con él por la facilidad y espontaneidad de la improvisación, por la gracia, elegancia y corrección del estilo y por la amenidad de cuanto decía. En fama, de la que gozó durante toda su vida sin decaer nunca, como tampoco decayó en mérito, no se le ha adelantado nadie despues, á no ser Castelar. Pero esta gloria de orador y de tribuno ha hecho que en Galiano se desconozcan demasiado otros méritos, habiéndose convertido casi en creencia vulgar la de que escribía tan mal como hablaba divinamente; creencia extraña, porque en pocos autores hay una identidad tan completa entre lo hablado y lo escrito como en Galiano. Leer una página suya era lo mismo que oírle un trozo de un discurso, con tal de que el lector supiese leer con el sentido que se debe, cosa mas rara de lo que se imagina, y mas rara aun en las obras de Galiano, cuyos largos y redondos períodos, llenos de frases incidentales, no eran por cierto fáciles de leer.

Otra razón hay tambien, así en Galiano como en otros oradores famosos de España, para que sus escritos sean mucho menos estimados que su oratoria: la de que, ó por pereza ó por fatiga propia de una vida agitada ó por falta material de tiempo, no han puesto en sus escritos el esmero que deberían, ni en lo tocante á erudición han compulsado libros, sino que se han fiado á la memoria, lo cual da gran valer á lo que hablando se improvisa, pero quita interés y novedad á lo que va escrito y que se supone estudiado con detenimiento.

En Galiano ¿cómo negarlo? se daba un poco esta falta: no